PEDRO GORI

LAS BASES MORALES Y SOCIOLÓGICAS DE LA ANARQUÍA

Traducción de J. PRAT

BIBLIOTECA DE "TIERRA Y LIBERTAD"

Calle Cadena, núm. 39, 2.º BARCELONA

PRECIO 15 CÉNTIMOS

BARCELONA
IMPRENTA «GERMINAL», RONDA SAN PABLO, 36
1918

Las bases morales de la anarquía

I

En el hombre hay dos instintos fundamentales: el instinto de conservación y el instinto de procreación.

El primero tiene su asiento en las necesidades fisiológicas que miran a preservar el individuo: alimentación, respiración, movimientos, etc., el segundo en las necesidades sexuales, que tienden, a través de los estímulos de lo inconsciente, a la conservación de la especie.

A la acción benéfica del primero se debe si el individuo vive, se desarrolla y progresa en la parábola de particular existencia; de los resultados orgánicos del segundo, deriva para el género humano la conservación y la expansión de su vida colectiva.

Estos dos instintos encarnan dos necesidades primordiales e imprescindibles, so pena de muerte para el individuo y para la especie: la necesidad de alimentarse y la necesidad de procrear. La no satisfacción del primer instinto significa la muerte para la mónada individual; la renuncia o el impedimento absoluto del segundo significaría la desaparición de la especie como comunidad viviente.

Estas dos sanciones fundamentales de las leyes biológicas son las que ligan de modo indisoluble la existencia del individuo a la de la entera especie, ya que si por la una el hombre vive, por la otra el hombre renace y se perpetúa. Sobre estas bases naturales se asienta una moral positiva, que, fundada sobre las mismas necesidades del individuo, da al hombre consciente la noción exacta de su posición en las relaciones con el consorcio de sus

semejantes, y forma ya en las mentes precursoras, en este último estadio de barbarie dorada, la concepción de nuevas y más sanas normas de conducta y de vida.

De esta premisa derivan los dos primitivos derechos humanos: el derecho a vivir y el derecho a amar.

Mientras el derecho queda como abstracción jurídica, no tiene ningún significado concreto y real. Todo individuo, por el solo hecho de haber nacido, tiene el derecho a la vida, derecho a ejercitar primero que cualquier otro; y todo aquel que de uno u otro modo se opone al ejercicio práctico de este natural derecho, viola en sus semejantes las razones y los fundamentos de su propia existencia.

La vida social no puede fundarse sólidamente sino sobre este recíproco reconocimiento: cada individuo tiene derecho a satisfacer sus propias necesidades con la reserva de riquezas que la naturaleza y la laboriosidad colectiva de las generaciones precedentes crearon a beneficio de la humana familia.

No hay declaración de derechos humanos que pueda tener valor para el individuo sino en la expresa sanción social que reconozca en cada hombre la facultad de disponer de todo cuanto existe para su utilidad, en razón de sus necesidades, sin otro límite que la posibilidad colectiva. La solución del problema, de las relaciones entre el individuo y el agregado de individuos que se llama sociedad, debe producirse contemporáneamente en el campo económico y en el político.

Siendo la base moral y jurídica de la economía individualista, hoy dominante un principio diametralmente opuesto al que impera en las leyes biológicas de los agregados animales superiores, como la especie humana, la revolución que hoy se presenta fatal en la historia, no puede ser otra que una resurrección profunda de estos fundamentos morales de la sociedad moderna, que después de un siglo de desenfrenada competencia del indi-

viduo en la lucha vital, ha agotado ya toda la parábola ascendente y descendente de sus fuerzas, para dar vida a nuevas formas de convivencia en las cuales el hombre, en lugar de conquistar el bienestar luchando contra sus propios semejantes, procure asegurarse la felicidad con su concurso y en la estable garantía del bienestar reivindicado para todos?

***

Si se observan las fases del desarrollo de la sociedad humana, desde las épocas primitivas hasta nuestros días, forzoso es convenir en que la evolución procede de las formas más brutales de lucha a las tendencias más elevadas de solidaridad. El instinto de conservación se manifestaba primitivamente por las formas de guerra más bestiales entre el individuo y sus semejantes.

Puede decirse, sin temor de incurrir en exageración, que el primer estímulo al homicidio, que es la génesis y el protoplasma de la guerra, entre los caníbales antropomorfos, se originaba en el apetito de poder devorar al propio semejante vencido y muerto.

Entonces el hombre era verdaderamente un lobo para el hombre, porque en el semejante, tanto como en cualquier otro animal, no veía más utilidad que la de una substancia alimenticia con la que podía nutrirse.

El otro instinto fundamental de la procreación se manifestaba entonces de modo igualmente bestial.

De igual modo que en la conquista de los alimentos, en la conquista de la hembra dominaba la lucha entre los hombres que aun se hallaban en el dintel del mundo animalesco y aseguraban todos sus efectos de modo muy violento.

Los estímulos sexuales, como los del estómago, obraban con prepotencia, y el individuo, para satisfacerlos, se hallaba en continuo y abierto contraste con todos los demás individuos. No había entonces cambio de servicios, ni comunidad de trabajos ni de intereses, ni mutua dependencia de relaciones económicas y morales que hicie-

ran hablar todavía los sentimientos de benevolencia y de simpatía para con los demás individuos en aquel pobre estado inicial de degradación salvaje. Fué solamente después de las primeras experiencias que el instinto de conservación, en la lucha con los demás, hizo comprender al individuo aislado la necesidad de asociar las propias fuerzas a las de los demás para defenderse él y los suyos de las agresiones externas, o para vencer más fácilmente, con fuerzas asociadas, contra fuerzas asociadas, las primeras luchas por la existencia social.

Así fué como la necesidad de ofensa y de defensa para conservar la vida o conquistar los medios adecuados para mantenerla, nació por primera vez en el fondo de las primitivas toscas almas el sentimiento de solidaridad. Desde entonces cada progreso, cada etapa decisiva en el camino de la civilización señalóse con un desarrollo, cada vez mayor, de este sentimiento que enlaza las fuerzas y los espíritus humanos en la lucha sobre un terreno siempre más vasto, de la tribu a la ciudad, de la ciudad a la región, de la región, a la nación y de ésta, en una mañana irrevocable, a la entera humanidad.

***

Semejantemente en el mismo seno de cada agregado de individuos: tribu, ciudad, región y nación, el doble instinto de conservación del individuo y de la especie fué determinando tendencias y necesidades que se fueron desarrollando cada vez más, capaces de considerar los propios semejantes como un complemento necesario e integrante de la existencia individual, y no imaginándose el *yo* concreto sino como un átomo inseparable de la vida y del alma de la entera sociedad,

Primeramente por sentimiento de una comprobada utilidad y luego por simpatía razonada, el individuo dejó de comerse a su enemigo vencido cuando se dió cuenta de que podía sacar un beneficio mayor haciéndole trabajar y explotándole este trabajo.

En este segundo estadio de la lucha intersocial nació la esclavitud, que era una forma suavizada de la antropofagia. El hombre no se comía ya a su semejante; se servía de él cual pudiera de una bestia útil con su trabajo para mantener en la ociosidad a su vencedor.

La segunda fase de antropofagia económica, también mitigada, hallámosla en la servidumbre de la gleba, en la Edad Media; cuando los vencedores reconocieron que era más útil renunciar a adueñarse directamente de los vencidos pudiendo lo mismo despojarles de sus productos, en virtud de un privilegio de nacimiento o de gerarquía sin obligación de mantenerles, como es necesario hacer con el ganado.

Con la revolución política que abolió los privilegios feudales, dejando únicamente dueño del mundo al dinero, la clase victoriosa en la lucha que había acaparado todos los recursos de la vida desde la capital hasta las riquezas naturales, halló que bastaba la simple dependencia económica de los trabajadores para hacer de éstos instrumentos dóciles y máquinas de producción tan fecundas en riqueza como productoras de miseria para sí mismas. A pesar de nuestras justas y acerbas críticas de la presente organización social, gigantesca ha sido la marcha de la antropofagia primitiva a las actuales formas de explotación económica y de dominio político. Los vencidos de hoy en la guerra económica no pueden dar la batalla campal a los últimos dominadores sino en nombre de una moral opuesta a la de las épocas primitivas y de la actual moral, más conforme a los instintos de conservación del individuo y de la especie tal como científica y modernamente se entienden. A los últimos vestigios de la antropofagia en el campo económico y político, el proletariado militante no puede lógicamente oponer más que el principio de solidaridad.

Desde la revolución de 1789 el principio individualista, desde el campo económico al moral, triunfa grandemente en todas las manifestaciones de la humana actividad. Y mientras que con el desarrollo de la grande industria, con el acrecentamiento siempre mayor de los medio

de comunicación, con el entrelazamiento cada vez más complicado de las relaciones materiales e intelectuales entre individuos, fueron gradualmente aumentando las relaciones de mutua dependencia entre ellos, y consiguientemente los lazos de afectividad y de interés común, por un lado la economía política y por otro la filosofía metafísica de la libertad chocando con los descubrimientos de las ciencias naturales han llevado el ente individual a la exageración de su personalidad, como si ésta estuviese separada de derecho y de hecho de la de sus semejantes cooperadores en el común ambiente de lucha, y como si el individuo no representase, en último análisis, el átomo viviente en y por la asociación con los demás átomos humanos que forman el organismo social.

La declaración de los derechos del hombre, que en abstracción proclamó el derecho del individuo a la vida, a la ciencia, a la libertad, se olvidó de situar la garantía de estas reivindicaciones civiles sobre los graníticos fundamentos de una solidaridad de intereses de la cual surgiese, por la misma fuerza de las cosas, la seguridad positiva de que las razones de cada uno hallarían su natural defensa en el apoyo de todos los demás consocios. Pero si la transformación de la propiedad de feudal a industrial-capitalista, no pasaba del dominio privado al dominio público, como plataforma de un nuevo orden económico a base de igualdad de hecho, continuando siendo patrimonio individual las riquezas naturales o las producidas por ajeno trabajo, no cambió grandemente de sitio, la serie de las relaciones entre sociedad e individuo, antes al contrario, con la desenfrenada competencia en el campo industrial y comercial y con la egocracia triunfante, la lucha de hombre a hombre y el antagonismo más áspero entre las clases, en lugar de tener una tregua se acentuó agudísima, y tal vez no se dió nunca en la historia el ejemplo de riquezas tan colosales al lado de miserias tan espantosas como las que actualmente forman el contraste más visible con la pacificación teórica de los derechos civiles y políticos.

II

El concepto de la libertad, en la esfera de las actividades sociales más complicadas y refinadas, se ha ido transformando siempre más rápidamente. Así como en el mundo moral no existe el libre albedrío sino como una ilusión hereditaria de nuestros sentidos; tampoco existe, en sentido absoluto, autonomía completa del individuo en la sociedad. El instinto de sociabilidad, desarrollado poco a poco en el hombre a medida que se civiliza, se ha convertido en una necesidad fundamental de la especie en su ulterior desarrollo; y reconoce ya en el principio de asociación la palanca más poderosa y eficaz que con los esfuerzos de cada uno y de todos, puede empujar la humanidad por el camino ascendente de sus mejores destinos.

De ahí la concepción moderna y sociológica de la libertad, que si halla en la mútua dependencia de las relaciones entre individuo e individuo una pequeña limitación de la independencia absoluta de cada uno, al mismo tiempo halla en la reforzada y cada vez más compleja solidaridad social su defensa y su garantía, de modo que en lugar de ser aminorada se siente aumentada. Si el hombre salvaje en el estado antisocial parece a primera vista más libre, es incomparablemente más esclavo de las fuerzas brutas del ambiente que le rodea que el hombre asociado, que en el apoyo del semejante halla la salvaguardia de sus deberes. Pero la asociación, en el sentido de agrupación orgánica de las diversas moléculas sociales, no existe todavía, puesto que en la actual sociedad no hay fusión espontánea de elementos heterogéneos, sino una amalgama descompuesta de principios y de intereses contradictorios.

Al principio de la egocracia, en el campo económico y político (ya que la explotación y el dominio de clase no son más que su consecuencia, por solidaridad instinti-

va de las dos fuerzas dominadoras: el dinero y el poder), está substituyéndole, en la elaboración lenta y subterránea de la nueva forma y de la nueva alma social, el principio del apoyo mutuo, más conforme al desarrollo de la evolución adelantada que quedó aparentemente interrumpida por aquel paréntesis, obscuro y espléndido a la vez, llamado siglo diecinueve. Espléndido, porque la misma desenfrenada competencia entre individuos y entre las clases que en el terreno económico representó un verdadero retroceso al salvaje individualismo primitivo, creó los milagros de la mecánica, de la industria y de la ingeniería moderna. Hosca, porque las gigantescas obras de esta lucha a golpes de miles de millones contra la naturaleza que se resistía, costó millones de vidas humanas, de nobles existencias obscuras, extinguidas después de dolores sin cuento, con los músculos exprimidos de toda fuerza y de toda vitalidad bajo la prensa del salariado. De modo que puede decirse que el colosal edificio de la civilización burguesa, el cual ocupará un sitio visible en la historia del progreso material y científico de la humanidad, ha sido construído con este cemento de vidas obreras, y la grandiosa alma colectiva de las clases laboriosas palpita en el organismo infinito de la moderna producción, como si la fuerza animadora de aquellas vidas extinguidas sobre el trabajo y por el trabajo, se hubiese trasfundido en las cosas por el trabajo creadas.

De esta nueva condición de laboriosidad y de esfuerzos asociados, debida a nuevos medios de producción en los que dominan como soberanas la gran máquina y la gran fábrica, surge triunfal el nuevo principio jurídico de un derecho social sobre el producto debido al trabajo colectivo.

No son ya los lamentos sentimentales de los santos padres de la Iglesia contra la iniquidad, que pisoteando a los más divide unos de otros, a los hijos de Dios, como decía Juan Crisóstomo. Y tampoco son las declaraciones naturianas de los prerafaelíticos del socialismo simplista reclamando su parte de tierra, de pan y de sal para todos los hombres a la madre naturaleza. No son las invectivas

ascéticas de los viejos comunistas ante el miedo del año mil. Tampoco las declaraciones filosóficas y abstractas de los enciclopedistas sobre los derechos del hombre ante la rojiza alba del año 1789. Es algo más y mejor: es la madurez de ciertos hechos, es la realizada evolución de ciertas formas. Nunca como ahora, por necesidad de la división del trabajo en la grande industria y en el taller mecánico, se halló el obrero tan estrechamente ligado al obrero, los oficios a los oficios, las artes a las artes, debido a la mutua dependencia y al estudio combinado de los esfuerzos del cual surge una resultante bastante mayor que de la simple suma de las fuerzas singulares. La asociación de estos esfuerzos para aumentar la producción ha ido creando poquito a poco, además de los lazos materiales que ya enlazan de modo indisoluble a los trabajadores, aquellos lazos morales que al principio pasaban inadvertidos y que se han ido robusteciendo cuanto más conscientes.

Y desde el momento que las ideas y los sentimientos no son sino imágenes reflejas de los hechos del mundo externo y de las sensaciones recibidas al contacto con éstos, esta consciencia del proletariado —que surge de la diaria experiencia y de la diuturna comprobación y le dice que es el único productor de toda riqueza y que la suerte de cada obrero resulta estrechamente ligada a las suertes de todos los demás compañeros suyos— funde cada vez más las fuerzas y las almas obreras en un fin bien claro y determinado: libertar el trabajo del parasitismo personal, emancipándolo de esta última forma de esclavitud económica que tiene por nombre salariado.

Y desde el instante que la revolución aportada por la mecánica en todas las artes y en todos los oficios socializando con la fatiga los brazos obreros, que antes trabajaban aislados, ha elaborado ya el esqueleto de un mundo nuevo en el cual la socialización de la fatiga sin el disfrute del producto por parte de quien lo fatigó, esté completado con la socialización de los disfrutes del mismo producto, declarado de derecho y de hecho patrimonio común de la entera sociedad, una correspondiente revo-

lución de las conciencias y de las fuerzas proletarias efectuará el lento trabajo de esta transformación de las relaciones económicas y morales entre los hombres, integrando la estructura social típica, que represente el oasis de reposo donde la humanidad pueda, al cabo de miles de años de trabajo y de dolor tomar aliento en el fatigoso camino, y donde los dos instintos fundamentales del hombre: conservación del individuo y conservación de la especie, hallen al fin modo de conciliarse tras larga contienda, donde el hombre, para conquistar su bienestar, no tenga que pasar, como los prepotentes de hoy y de ayer, por encima del cuerpo de sus semejantes, ya que, eso no sería la libertad, sino la perpetuación de la tiranía bajo otra forma, puesto que a la violencia de los gobiernos se substituiría la violencia del individuo, expresiones brutales, una y otra, de la autoridad del hombre sobre el hombre. La libertad de cada uno no es posible sino en la libertad de todos, como la salud de cada célula está y no puede estar sino en la salud del entero organismo. ¿Y no es un organismo la sociedad? Si una sola parte de éste enferma, todo el cuerpo social se resiente y sufre.

Unicamente un salvaje, que recuerda ante los triunfos de la ciencia la animalidad primitiva del hombre, puede negar conscientemente esta verdad.

***

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad por los denigradores de buena o mala fe de las doctrinas anárquicas, que la anarquía no puede tener una moral.

Y hasta algunos secuaces del nombre, que no de la esencia ético-social que la palabra *anarquía* contiene, secundaron el estulto prejuicio.

Cierto que la moral de la libertad no tiene nada de común con la moral de la tiranía, bajo cualquier manto que ésta se cobije.

Por mucho que se diga lo contrario, la moral oficial del individualismo burgués es un poco todavía la de los Papúes de que habla Ferrero. ¿Qué es el mal y que es el

bien? preguntaba un viajero europeo a uno de estos salvajes. Y el salvaje respondía con convicción: «el bien es cuando yo robo la mujer de otro, el mal es cuando otro me roba la mía».

Una misma cosa no es para la moral ortodoxa e hipócrita, que hoy impera, buena o mala, intrínsecamente y objetivamente, por el bien o por el mal que acarrea a uno o más individuos o a toda la sociedad, sino que es considerada virtuosa o malvada según la utilidad o el daño que resiente el individuo o la clase que sujetivamente la juzga.

De modo que para esta moral caótica, una misma acción puede ser juzgada por unos de heroísmo y por otros de locura, gloria o infamia. La matanza de todo un pueblo, una hecatombe de viejos, de mujeres y de niños inermes, asesinados friamente en nombre de un principio abstracto y el mentirosamente llamado *orden público*, pueden procurar galones y honores al que ordenó la matanza. La historia está llena de nombres de estos bandidos ilustres, siempre dispuestos, como los capitanes de la Edad Media, a pasar de una a otra dominación con tal que se les mantenga en la ociosidad lujosa e improductiva. Unicamente los pisoteados, los oprimidos, los supervivientes de la hecatombe maldicen en el fondo de su corazón a los asesinos. Pero cuando un exasperado por la lucha espantosa por la vida en una sociedad imprevisora, que a muy pocos asegura, y no ciertamente a los más laboriosos y dignos, un cómodo puesto en el banquete de la existencia; cuando un derrotado en estas crueles batallas de todos los días, por el pan, se rebela y mata, en el delirio de un odio que no perdona, a un potentado, al cual supone feliz, aunque en su poderío se debata el dolor (este pálido compañero del hombre), entonces el juicio será para este acto muy diferentemente despiadado. Los amenazados o perjudicados por este acto serán tanto más inexorables cuanto más manchadas de sangre tengan sus manos. Y no solamente contra este mísero se pedirá a gritos el *crucifije*, sino que también contra todos los que profesen las ideas que aquél diga

profesar, aunque no las conozca o aunque éstos no hayan aprobado su acción. Serán perseguidos, encarcelados, torturados en masa, realizándose contra todo un partido, o mejor dicho, contra una corriente vastísima e irresistible de principios y de ideas, una verdadera y propia venganza transversal por el acto de uno sólo, resucitando las formas más crueles y malvadas de inquisición contra el pensamiento.

Ya que por unos se insinúa y afirman otros que la moral anárquica proclama la violencia del hombre contra el hombre, esperen los adversarios de mala fe, o crasamente ignorantes, y los anarquistas inconscientes, que yo demuestre matemáticamente que *la moral anárquica es la negación completa de la violencia.*

III

Hay otro prejuicio muy difundido y que es necesario destruir; prejuicio que engaña a los denigradores y hasta a algunos secuaces de la idea anárquica. Porque algún rebelde que se declaró anarquista, lanzó una bomba o dió de puñaladas, no ciertamente en nombre de teorías abstractas, sino cegado por la ira fermentada en el fondo de larga miseria, en la persecución policíaca y en las provocaciones de toda clase, se pretende sacar en conclusión que la doctrina anárquica es una escuela de complots y de violencias, una especie de conspiración permanente, con el único propósito de fabricar bombas y afilar puñales. Así la pintan los agentes de la policía política y ciertos gacetilleros recargan las tintas para ayudar a la reacción a sofocar la propaganda de ideas.

Aunque los anarquistas, por exageración y por temperamento, fuesen todos violentos —y no es cierto— de ningún modo quedaría demostrado que la anarquía tiene una moral de violencia.

Pero para cada uno de estos perseguidos que deja estallar el largo dolor comprimido con un atentado clamoroso, hay millares y millares de individuos que soportan años y años con heroica serenidad asperezas sin nombre, miserias sin tregua, amarguras sin consuelo.

En mis destierros ya periódicos a través del mundo, he conocido a multitud de ellos, de todos los países y de todos temperamentos, y la mayor parte de estos enamorados de la libertad se mostraron siempre, en la común relación con una moral superior, un arrojo instintivo de altruismo y de bondad detrás de la rudeza popular, un sentimiento de nobleza simple y leal.

Que si en las filas del anarquismo hubiese todos los detritus de las cloacas sociales (y no es verdad), sería caso de recordar, con Renan y con Strauss, que la mayor parte de los que seguían a Cristo en sus predicaciones estaba compuesta de hombres y mujeres ya heridos por la ley, como delincuentes comunes, lo cual no impidió que esta gente, en la cual se infiltraban los principios de una moral superior a la entonces dominante, saliese la fuerza dominante que derribó el mundo pagano. Porque el sentimiento revolucionario, como decía Víctor Hugo, es un sentimiento moral.

Y ya que todos los paladines de todas las violencias, con tal de que sean gubernativas y lleven el sello del Estado, insisten sobre la esencia violenta de la doctrina anárquica, que procuren hacer un balance de las prepotencias, de las opresiones, de las crueldades, de los delitos friamente meditados y queridos por los gobiernos, y coloquen también en la otra balanza los actos de violencia individual cometidos por anarquistas o por rebeldes que se declararon tales, y se verá cual es la escuela que está permanentemente organizada para emplear la violencia del hombre contra el hombre, hasta llegar a la expoliación, a la rapiña y al homicidio. Pero esto, según los defensores de la violencia legal, no es el mal. Esto no es un delito, según la moral de la civilización Papú, porque a ellos no les perjudica.

Porque, como respondía el salvaje: «El bien es cuan-

do yo robo à otro su mujer, el mal es cuando otro me roba la mía».

No siendo, pues, la violencia hasta hoy sino una de las manifestaciones de la lucha por la vida —y ciertamente no fueron los anarquistas quienes inventaron esta ley cruel de la historia— convirtiéndose en instrumento de opresión, y por aquel instinto de imitación y aquel contagio del ejemplo, que dominan las acciones humanas, trocóse también en arma de la rebeldía del oprimido.

Con la farsa y con la fuerza los vencedores, en esta espasmódica lucha milenaria, pusieron el pie sobre los vencidos, y éstos, por derecho de represalias, emplearon de tanto en tanto, individual o colectivamente, la fuerza contra los dominadores.

¿Acaso la literatura clásica de que están saturadas las clases cultas no está llena de esta franca apología de la violencia, siempre que le sirva de instrumento para lo que ellos creen que es el bien?

Los homicidios políticos, glorificados hasta en los mismos libros para educar a la infancia, y el acto de Judith, que con fraude y violencia mató a Holofernes —que combatía contra Betulia en guerra abierta— ha hecho verter lágrimas de conmoción a más de una monja y de una educanda histérica.

El mito de Roma comienza por un fratricidio... ¡y por qué causa cometido! Y sin embargo, este Rómulo, que por una burla inocente mata al hermano Remo, es en la prehistoria de la ciudad eterna el divino Quirino, el venerado de los siglos. Y sin embargo, las aventuras de este loco moral, sean reales o legendarias, se enseñan como el *a, b, c*, de la educación del corazón en las escuelas públicas de Italia y de muchos otros países.

El clasicismo de Roma y de Grecia rebosa de estas reminiscencias feroces, y Bruto, que por la cínica *razón de Estado* ordena y presencia trágicamente las matanzas de los jueeniles hijos, es la expresión más clásica y atroz de la violencia gubernamental.

Más aún, toda la traición y la educación militar, que

fueron y son todavía el alma y coraza de las organizaciones políticas pasadas y presentes, ¿qué representan, sino la escuela de la prepotencia de la mano y del homicidio colectivo?

Y sin embargo, una carnicería de criaturas humanas, cometida en una guerra, o acaso en una represión de motines populares, se juzga por los más un hecho glorioso, siempre que robustezca (aunque sea con torrentes de sangre y con cemento de dolores y de vidas humanas) aquel aplastante edificio que tiene por nombre Estado.

Además, el Estado en sus uniformes representaciones se arroga el derecho de patentar aquellas violéncias y de glorificar a aquellos violentos que encarnan el principio que le da vida. De modo que en Italia, por ejemplo, donde no existe todavía un monumento Galileo, plazas y calles están llenas de estatuas y de columnas, dedicadas á gente cuya mejor habilidad de su vida consistió en saber dar gusto a la mano y haber enviado al otro barrio a mucha gente en guerra *leal*.

Esta monumentomanía que reproduce en mármoles y bronces el frenesí colectivo, que anida en el alma de las clases directoras, por la fuerza armada, se reproduce en las páginas de la infinita historia *ad usum delfini*, que cada Estado sella con el dogma de su infalibilidad.

De hecho, en la epopeya patriótica de Italia, todas las violencias, individuales y colectivas, contra los poderes entonces dominantes (desde el atentado de Agesilao Milano hasta la dirigida contra el duque de Parma), no tan sólo están justificadas, sino hasta glorificadas oficialmente, porque sin aquella revolución no habría surgido el Estado italiano, dando por resultado que lo que ayer fué delito hoy se convirtió en gloria. Y en el mismo país donde los tribunales militares condenaron a siglos de reclusión muchachos acusados de haber arrojado piedras para protestar contra un gobierno que lleva el hombre al seno del pueblo, un glorioso rapazuelo de Génova, Balilla, tiene también su monumento porque supo, antes que nadie, lanzar la primera piedra contra sus opresores ex-

tranjeros. La única diferencia, menos la estatua y los siglos de reclusión, entre unos y otro, está en que éste se rebeló contra una tiranía extranjera y aquéllos contra una prepotencia del país. El móvil fué el mismo: el odio contra la injusticia.

Pero para los muchachos de Italia, como para los combatientes de todos los países, nada hay tan verdadero como la frase de Brenno: *¡ay de los vencidos!*

¡Ah! Si en lugar de derrotados y muertos hubiesen sido vencedores, tal vez los mismos gacetilleros que hoy les arrojan a la cara puñados de barro, se devanarían la sesera para ver quién mejor ensalzaría a estos *Gavroche* del proletariado, pidiendo para ellos un monumento de la victoria.

La violencia no puede formar el substrato doctrinario de ningún partido. En la historia no fué más que un medio de supercheria y de tiranía, entre las clases y su dominio entre ellas y sobre los dominados. Fué empleada asimismo como instrumento de recobro, como ya digimos, por parte de los oprimidos, sin que por esto se convirtiera en principio teórico de su rebeldía, ya que cuando los antiguos esclavos se rebelaban contra los patricios romanos, la violencia que empleaban por necesidad de lucha y de liberación, no era un fin, sino un medio: el fin era y continuó siendo siempre la palpitación invisible del alma humana: la libertad.

IV

Asimismo también, cuando contra el viejo régimen, bamboleante sobre sus descarnantes cimientos, se desencadenaron los huracanes revolucionarios que cerraron convulsivamente el pasado siglo, los partidos de acción, desde los políticos de los Cordeleros y de los Jacobinos al económico de Babeuf, organizado en *liga de los igua-*

les, predicaban la necesidad de oponer la violencia a la violencia, lanzando contra la fuerza coaligada de los tiranos del país y extranjeros la fuerza armada del pueblo, sin que considerasen, ciertamente, estas violencias permanentes, sino como un medio despiadado, pero necesario, para aplastar para siempre al despotismo.

No cabe duda que un 14 de Julio y un 10 de Agosto fueron el corolario histórico inevitable de la proclamación de los Derechos del hombre; pero ante la filosofía de la historia aquellas dos memorables jornadas quedan siendo como una suprema conflagración entre dos épocas diferentes.

Hacía años que el alma de la revolución aleteaba subversivamente en las mentes, rugiendo como tromba avisadora en las mismas vísceras de las decrépitas instituciones, con la mutua elocuencia de las cosas que anuncian el derrumben de un mundo, resplandeciendo en las clarividentes páginas de los enciclopedistas, en las ardientes visiones de Concorcet y en las serenas profecías de Diderot.

Necesario era proclamar los derechos con la fuerza cuando la fuerza les cerraba el paso en nombre de los privilegios. Pero el fin era, o debía ser, muy diferente: la libertad, y, por consiguiente el amor, ya que ningún otro contenido moral puede hallarse en esta palabra. Y cuando en nombre de la revolución Robespierre quiso organizar la violencia permanente, gubernamental, haciendo del verdugo el primer funcionario del Estado, aun contra los enemigos del pueblo y contra los sospechosos de realismo, trocando así los medios con los fines de una revolución libertadora—como si arrojados los tiranos pudiese con la fuerza imponerse la libertad a los ciudadanos—el nuevo estado de cosas, después de haber pasado gallardamente por encima de tantas víctimas humanas, cayó en el mismo error y en la misma odiosidad que obligó a tomar las armas contra el antiguo régimen y preparó el terreno a la dictadura militar del primer Bonaparte. Ahora bien, la filosofía de la anarquía, aleccionada con todas estas experiencias del pasado y sin establecer cá-

nones absolutos, ya que nada absoluto existe, parte de este principio fundamental que forma toda su base moral: «la libertad es incompatible con la violencia; y como que el Estado, órgano central de coacción y de expoliación a beneficio de algunas clases y en detrimento de otras, constituye una forma organizada y permanente de violencia no necesaria, la libertad es incompatible con el Estado.»

De esta premisa arranca una serie de principios y de argumentos irrefutables. No es necesario gastar mucha saliva para demostrar a los enemigos de la Anarquía, tanto a los de la derecha como a los de la izquierda, a los que no quieren y a los que no pueden comprenderla, que la violencia es el enemigo natural de la libertad y que únicamente la violencia necesaria es la legítima.

¿En efecto, ¿no es igualmente enemigo de la libertad el que encarcela un hombre para castigarle porque piensa así o asá, como el que hiere o le mata para obligarle a pensar igual que él? No puede haber libertad, socialmente entendida, si ésta no se detiene allí donde comienza la del otro. Que uno me ponga el pie sobre el cuello en nombre del Estado o de su capricho individual, es siempre una misma cosa; ambos violan de igual modo mi derecho y a los dos debo considerarlos tiranos, porque no es el vestido el que hace la tiranía; tiranía es todo acto que pisotea la libertad ajena. La violencia, tanto si sobre mí la comete un agente del gobierno como cualquier otro prepotente, hará nacer en mí el derecho de legítima defensa. Y he aquí que surge el concepto moral de la *violencia necesaria.*

Yo rechazo legítimamente una agresión injusta, como rechazo cualquiera provocación grave, como siento igualmente el derecho de rebelarme contra la opresión, que es una libertad más lesiva que cualquiera otra forma de violencia brutal. El derecho de legítima defensa que hace *necesaria* la violencia en el individuo y en la sociedad, es el fundamento moral de las revoluciones contra cualquiera forma de tiranía.

La libertad es, por consiguiente, la base moral de la

anarquía, y la revolución, en el sentido amplio y científico de la palabra, no es más que el medio para hacerla triunfar contra las resistencias que la comprimen. La violencia no podrá ser nunca el contenido filosófico de la anarquía, entendida esta palabra no en el significado odioso que le dan los agentes del gobierno y los periodistas a sueldo, precisamente porque la violencia es el substrato moral de cualquier poder político, el cual, bajo cualquiera forma que sea, es siempre tiranía del hombre sobre el hombre; en las monarquías, violencia permanente de uno sobre todos; en las oligarquías, de unos pocos sobre muchos; en las democracias, de las mayorías sobre las minorías.

En todos estos y en cualquiera otra centralización autoritaria que se arrogue el derecho de gobernar la sociedad, la coacción es el único argumento persuasivo que emplea la autoridad con sus gobernados. Coacción en el pedir el concurso de los ciudadanos para que contribuyan en los gastos públicos; coacción cuando impone a estos el tributo de sangre; coacción cuando el Estado impone una ciencia y una enseñanza oficial; coacción, en fin, cuando declara que son ortodoxas o herejes las opiniones de los diversos partidos políticos.

El Estado paternal, el Estado protector de los débiles, tutelar de los derechos, defensor celoso de todas las libertades, no pasa de ser una fábula de niños, fábula desmentida por la experiencia de todos los tiempos en todos los lugares y bajo todas las formas.

Es, pues, muy natural que contra este concepto, sazonado con la prueba de miles de años, sobre la índole del Estado, que Bovio llamaba *por naturaleza espoliador y violento*, haya surgido por encima y a despecho de la significación vulgar, el concepto de anarquía, como antítesis política del Estado, significando que si éste centraliza, pisotea, violenta, encadena, sablea y mata, so pretexto del orden y del bien público, aquélla, en cambio, quiere que el orden y el bien público sean resultado espontáneo de todas las fuerzas productivas asociadas, de todas las libertades cooperantes, de todas las soberanías inteligen-

temente ejercidas en interés común, de todas las iniciativas armonizadas por el triunfo de esta magnífica certeza: «que el bien de cada uno no puede hallarse sino en el bien de todos.»

El Estado se mantiene con la violencia—y la violencia lo vencerá—, *qui gladio ferit, gladio perit.* Al desorden de las clases sociales, entre sí chocando por intereses contrarios, al caos de los privilegios hollando los derechos, a la imposición de penosos deberes a los cuales no quiere reconocerse ningún correspondiente derecho, se substituirá el orden, el *orden verdad,* resultante armónica de la libre federación de las inteligencias y de las fuerzas humanas, como el orden cósmico es el producto espontáneo de las fuerzas naturales, venciendo los obstáculos que se interponen en la eterna evolución de los fenómenos y de las formas.

La evolución social está corroyendo los últimos cimientos del Estado, hosco, fuerte, alzado a través de siglos, con tanto cemento de vidas y de libertades humanas.

Cuando la corrosión subterránea sea completa, como sucede con los islotes volcánicos y madrepóricos de la Polinesia, que la asidua marea roe durante millares de años, y que de repente se hunden, como engullidos por las inmensas fauces del Océano, el Estado desaparecerá con la agonía de la economía capitalística, una vez cese la principal de sus funciones, que es la de *perro guardián* del parasitismo de clase.

A la moral estadista, que corresponde a la violencia de cada espíritu y de cada organismo autoritario, se sustituirá irresistiblemente, como el soplo reanimador de las nuevas estaciones, la moral anarquista (que en estas épocas obscuras fué creída moral de sangre y de venganza por sus enemigos y por sus ciegos amigos), y se sustituirá venciendo las últimas asperosidades de los ánimos, suavizando las hereditarias ferocidades de los instintos, conciliando las aversiones y las impulsidades primitivas en el abrazo pacificador de los intereses armonizados, de las miserias redimidas, del bienestar defendido, de las

mentes ilustradas, de los corazones dirigidos hacia el amor, la serenidad y la paz.

Entonces se verá, cuando el sol del mediodía ilumine los errores del pasado, que la escuela política de la autoridad, desde Aristóteles a Bismarck, era la verdadera escuela de la violencia, tanto si fué cometida en nombre de la potestad divina, como del derecho militar, como del orden público o de la ley, y, en cambio, verdadera escuela de libertad aparecerá aquella que fué juzgada secta de sanguinarias utopías porque algunos de los suyos respondió desde abajo con la violencia a la violencia triunfante arriba pisoteando los humanos derechos.

El principio de la solidaridad pasando a través de la época de asidua y mutua prepotencia económica y política, habrá vencido por completo los primitivos instintos de lucha antisocial entre individuos y clases; las naciones y las razas, después de las rudas maceraciones de la antigua refriega humana, tragedia de siglos que ensangrentó el mundo, harán reverdecer en la realidad la juventud de la utopía, la eterna calumniada, la perennemente mofada.

Se comprenderá al fin, después de un combate intelectual, maravilloso de derrotas y de audacias desde Platón a Kropotkine, que únicamente el desorden social y el principio de la lucha tienen necesidad de un instrumento de defensa, por su naturaleza violenta, y que lo hallan en el Estado gobierno; y que cuando a la lucha de cada uno contra todos, la cual fué el alma de todas las sociedades hasta entonces sucedídose en la historia, se sustituya la solidaridad de todos en la lucha contra la Naturaleza para arrancarle los secretos y los beneficios en interés de la universalidad, la causa del orden triunfará sin coacción de ninguna clase, puesto que los intereses y los sentimientos de cada uno, conciliados en la armonía del bienestar y de la libertad de todos, gravitarán en torno del bienestar colectivo, como en los sistemas estelares los planetas gravitan alrededor del astro central, que difunde sobre éstos la luz, el calor y la vida.

La base sociológica de la anarquía

No pretendemos, a imitación de los republicanos italianos y de los socialistas alemanes, que haya una sola escuela sociológica especial, nuestra o extranjera; sin embargo, la característica de la sociología anarquista consiste en ser universal y verdaderamente internacional. Ninguna necesidad tenemos de pedir al hambre y a la miseria el certificado de su patria para sentirnos llenos de indignación contra una sociedad que tan descaradamente viola los santos derechos del hombre a la existencia y a la libertad.

El sociólogo, si quiere ser verdaderamente tal, debe sentirse ciudadano del mundo y afrontar el gran problema moderno —que no agita solamente esta o aquella nación— con entendimientos de universalidad y con el corazón lleno de amor para todos los desheredados de la tierra, que es la única patria lógica de la especie humana; debe dirigir la mirada hacia los horizontes nuevos que no restringen el campo de las batallas redentoras en el círculo angosto de los Alpes y del mar; debe comprender que la religión antihumana del patriotismo quedará vencida por la fe grandiosa de la solidaridad de todos los hombres y de todos los pueblos; debe, en fin, convencerse de que querer reducir a un vacío doctrinarismo unilateral o político-nacional el estudio y la solución de un problema tan evidentemente complejo e internacional como es la cuestión social, significa que se entiende de un modo infinitamente pequeño, lo que, por su naturaleza, es infinitamente grande.

El individuo, considerado aisladamente, sintetiza en sí la gran vida colectiva de la humanidad; pero no es la humanidad.

La humanidad es el ente colectivo formado por las mónadas individuales, y su mal no es más que el bien y el mal de los singulares individuos. Por esto la sociedad no puede basarse más que en la armonía del bienestar del hombre con el de la humanidad.

La satisfacción de sus necesidades es el elemento esencial para la existencia del individuo. El derecho natural a satisfacer las propias necesidades lo adquiere todo hombre por el nacimiento, y ninguna ley social puede legítimamente violar este natural derecho.

Allí donde un individuo no esté en grado de ejercitar íntegralmente este derecho; allí donde al lado de quien posea lo superfluo viva quien carezca de lo más necesario, no puede decirse que hay «¡sociedad!» no hay más que una agregación heterogénea de seres vivientes. En tal condición de cosas el individuo tiene el derecho de rebelarse de algún modo contra la colectividad de los privilegiados.

Este incivil consorcio es un *desorden legal*, en éste no es posible *asociación natural*; no hay más que la *agregación de los intereses parasitarios y la alianza tumultuosa de las fracciones rebeldes*. El individuo vive en un estado extrasocial; la lucha por la existencia se efectúa en sus formas más mortíferas e hipócritas; en nombre de una sociedad que no existe, se oprime legalmente y *honradamente* se roba el producto del esfuerzo de la inmensa clase de trabajadores. La guerra económica, que toma el nombre de libre competencia, es la forma de antropofagia que asume el industrialismo burgués en este siglo todo lleno de sus glorias; la víctima, el devorado, es siempre el trabajador.

En este período de transición, los intereses del individuo están en antagonismo y en perfecta antítesis con los

intereses de toda la especie humana. El hombre es enemigo de la humanidad; la muerte de uno es la vida de otro; una clase goza chupando la sangre de otra. Es una caza desesperada a la riqueza y al poder. Los fraudulentos se convierten en propietarios, los acaparadores de votos obtienen el poder poniendo el pie al cuello del vulgo ignaronte de electores; el quintero de ayer se vuelve millonario; el obrero que tanto trabaja y todo lo produce, se engolfa cada vez más en la miseria.

En un tal estado de cosas el individuo, por atado, oprimido y envuelto que esté por las leyes, halla siempre modo y razón de acogotar, entre una sonrisa y un apretón de manos, al propio semejante que le embarace el camino.

Lugares comunes, se nos dirá: cosas milveces repetidas; pero es siempre verdad que esta es la posición recíproca, actualmente, entre el individuo y la colectividad. Precisamente de esta comprobación de hecho, muy común y demasiado olvidada, debe partir el sociólogo concienzudamente en su estudio de los problemas sociales para obtener su solución.

Pero el individuo no puede ser considerado aisladamente. El hombre normal no puede ya, como otros animales inferiores, vivir en un estado de disgregación salvaje. Sus necesidades y su propio interés lo empujaron, a través de los tiempos, a asociarse, y el instinto de la sociabilidad —síntoma del más elevado sentimiento de la solidaridad— se ha convertido ya en él en hábito adquirido.

El estado ferino y salvaje de la humanidad primitiva no es la consecuencia de la *libertad natural* que gozaban los hombres de la edad prehistórica, sino el efecto de la naturaleza bruta de aquellos hombres sobre los cuales no había pasado la obra lenta y refinadora de tantos siglos de evolución, desde un egoísmo bestial hasta el egoaltruismo razonador, que, si no fuesen las presentes leyes e instituciones de privilegio, haría ya posible una convivencia fraternal de ciudadanos, cooperando en el común bienestar por impulso racional de los bien entendidos in-

tereses individuales. Ya que la ley escrita, que no es más que la goma elástica a servicio de quien la fabricó, nada tiene que ver con estas substanciales transformaciones de la psicología de la humanidad, que, a pesar de todo, fué siempre perfeccionándose, aun en medio de sus dolores y de sus vergüenzas.

La abolición de esas leyes formales, por lo tanto, en lugar de hacer retroceder al género humano hacia la barbarie prinitiva, suprimiría las razones económicas, políticas y sociales del antagonismo entre clase y clase destruyendo las diferencias de clase, e imprimiría a la lucha por la existencia un movimiento concorde y expontáneo de los individuos asociados contra la naturaleza exterior, para el mejoramiento de las condiciones materiales y morales de cada uno y de todos. Así como el hombre primitivo comprendió que para defenderse más fácilmente era mejor asociarse a otros hombres; así como el más fuerte comprendió que era preferible hacerse servir del más débil antes que matarle, y así como también, el capitalista moderns halla más interés en hacer capitular al proletariado en las condiciones que le place imponer y tenerlo a su discresión por medio del hambre crónica antes que eliminarlo negándole directamente todo alimento, asimismo el individuo libre entre hombres económicamente iguales, o sea, copropietarios de todas las riquezas naturales y artificiales, hallaría más útil y agradable asociarse por afinidad electiva a otros hombres, que permanecer solitario y disgregado de los demás.

En tal forma de asociación libre y rescindible, el individuo no abdicaría de ninguna de sus libertades, porque su voluntad, árbitra de mantener o desvincularse del pacto, sería siempre soberana.

Así, pues, si la *libre asociación* no puede ser posible sino entre hombres iguales, el primer paso que debe darse es aquel que conduzca a la igualdad de las condiciones económicas de los asociados. Y esta igualdad no puede obtenerse sino por la comunidad de los bienes y por la asociación del trabajo.

Con todo esto, tenemos que hacer constar que miente

quien afirma que los comunistas anarquistas se preocupan simplemente y únicamente de las satisfacciones del vientre.

Dejando a las particulares iniciativas individuales la libertad de aplicarse según sus variadas tendencias, que son la característica más genial de la naturaleza humana, el arte y la ciencia no quedarán defraudados de la actividad de tantos genios que hoy quedan ignorados o no florecen, agobiados por la miseria, aplastados bajo el peso brutal del trabajo mecánico.

La asociación anárquica no será, como han fantaseado algunos, una sociedad conventual, cochiera, a base de vientres, cuyos miembros —abolida que fuese en absoluto la propiedad individual— se hallarían en una miseria peor. El sentimiento exquisito de la solidaridad desarrollándose maravillosamente en un consorcio de iguales y la coparticipación de cada individuo en los útiles del trabajo colectivo, crearían estímulos a una laboriosidad sin ejemplo en el régimen de las empresas privadas y harían florecer una producción infinitamente mayor a la actual, si se piensa que todos los brazos aptos para el trabajo se aplicarían a la fabricación de géneros *verdaderamente útiles* a los hombres.

Precisa estar muy fuertemente sugestionados por la economía social de setenta años atrás para no reflexionar y ver que tan sólo las máquinas, convertidas en propiedad común de los trabajadores —no ya como hoy que son instrumento de su miseria— que estas máquinas, aumentadas, simplificadas y aplicadas a todos los ramos de la industria y de la agricultura intensiva, centuplicarían la riqueza general, permitiendo que cada individuo, según la fórmula comunista, pudiera tomar del patrimonio acumulado por los comunes esfuerzos cuanto le fuese necesario, sin que para nada tuviese que reglamentarse la comida, el vestido, la habitación, la familia, como han dicho los que han estudiado el comunismo en los viejos libros de Fourier y de Saint-Simón, dos utopistas precursores, cuyas teorías son muy diferentes y están muy lejos del comunismo científico moderno.

La base fundamental de la sociología anárquica es la abolición de la propiedad *privada*, substituyendo este privilegio económico por la propiedad *social* de todos los bienes. Unicamente sobre esta base es posible una verdadera igualdad y una verdadera libertad.

De hecho, la *libertad* sería una irrisión en una sociedad en que no se suministraran a la universidad de los ciudadanos los medios materiales para satisfacer las necesidades del organismo, que son las más imperiosas, y esto no es posible sin antes poner en común las actualmente privadas substancias.

No quiere esto decir que la asociación comunista anárquica deba, como ya fué acusada de ello, limitarse, circunscribirse, aprisionarse en el solo y exclusivo concepto económico, puesto que el hombre no vive únicamente porque coma o satisfaga, como los brutos, sus necesidades físicas... lo cual no excluye ni quiere decir que estas necesidades físicas no tengan que ser satisfechas primero que las demás. Porque las ciencias biológicas enseñan, a pesar de todos los idealismos transcendentales, que del bien ordenado funcionamiento y satisfacción de los aparatos de nutrición depende todo sano equilibrio de las funciones orgánicas a que directamente va unida gran parte de toda la vida intelectual y moral del hombre.

En ninguna otra forma de asociación que no sea la comunista anárquica, alcanzará el individuo, completamente satisfecho en sus necesidades, su pleno desarrollo orgánico, del cual deriva el desarrollo intelectual y moral de cada uno de todos. De ahí también, el natural ampliamiento de los vínculos de efectividad, fraternalmente enlazando a los miembros de estas *asociaciones libres*.

Temen muchos de nuestros adversarios que en un sistema tal desaparezca la familia y que la mujer quede reducida a una simple máquina procreadora de hijos y que éstos sean arrebatados a su tutela para confiarlos a la comunidad, desconociendo de este modo todo el valor inefable del afecto y de los cuidados maternos. Son acusaciones que a menudo nos hemos sentido repetir... pero

genuino de la fantasía adversaria; puesto que la mujer, si es cara a la especie como procreadora de hijos y conservadora del género humano, nos es predilecta asimismo como compañera de nuestras actuales miserias, y mañana, después de la gran liberación, lo será como copartícipe de los puros goces de la libertad.

La asociación anárquica, única que consiente el desarrollo integral de todas las facultades y afectividades humanas, respetará aun más el exquisito sentimiento de la maternidad y del corazón, no interviniendo como educadora amorosa e imparcial sino en la tutela de los niños que por cualquier motivo carecieron de los cuidados maternales, y de aquellos más adultos a los cuales la sociedad debería suministrar en común todos los medios para instruirse, perfeccionarse, convivencia fraternal que les educaría para que se considerasen como miembros de una grande y amorosa familia.

La asociación anárquica, desde el simple al compuesto, se efectuará probablemente por la federación de los grupos de los productores, de uniones de oficio federadas; como la liga de municipios libres, independientes, soberanos, constituirá la federación internacional de los pueblos, suprimiendo, claro está, del municipio, toda característica autoritaria y burocrática actuales.

Claro que a los que conciben la asociación del porvenir como una frailería nacional o universal, obediente a una regla única, esta concepción libertario nuestra les parece ilógica y privada de la unidad de educación que para ellos es esencial.

No se dan cuenta de que esta unidad choca contra la misión verdadera de una verdadera sociedad civilizada, la cual ha de respetar la autonomía de los individuos y de los grupos, los cuales, a su vez, tendrán el derecho de asociarse, o federarse según sus afinidades, simpatías y tendencias.

La libre manifestación de estas varias tendencias no turbaría de ningún modo la armonía del gran ente colectivo que se llama humanidad, el cual progresa y se mejora precisamente gracias a esta vida múltiple y multiforme;

y si esta mezcolanza vivaz de actividades convergentes, por diferentes caminos y en varias formas, al bien de cada y de todos; si este entrelazamiento genial de iniciativas tan variadas lograse, como nosotros esperamos, destruir toda idea de nación, quedará, finalmente, proclamada la nacionalidad de todo hombre sobre la tierra y sancionada por el hecho social la ley de natura, que, a despecho de las artificiosas distinciones patrióticas, agrupa todas las razas humanas vivientes en un solo conjunto orgánico desarrollándose bajo el imperativo categórico de unas mismas necesidades físicas y de los mismos impulsos morales que empujan a la humana especie por la vía del infinito progreso.

Unicamente entonces habrá libertad, cuando, eliminado todo el gobierno del hombre sobre el hombre, haya desaparecido toda causa de arbitrariedad; puesto que el grave error de la política actual estriba en que se legitima la arbitrariedad y la violencia por medio de las leyes, de la policía, de la magistratura y del ejército, que son los engranajes y las columnas del grande órgano central, el Estado, matador de todas las autonomías y de todas las iniciativas individuales y locales. Por esto el pueblo, que anhela la libertad, comienza ya a comprender que el primer paso que debe darse para la vía del progreso y del propio bienestar es la abolición de toda forma gubernamental, de todo privilegio autoritario, de toda centralización violenta, todo lo cual ha de ser substituído por la asociación de pactos libres según las afinidades, las simpatías, las necesidades individuales y sociales. Este estado de cosas hacia el cual la historia y el movimiento humano caminan, es la anarquía.

Pero como la anarquía para ser un ecuo y armónico ordenamiento, debe basarse, como digimos, en la *igualdad de condiciones* (que nada tiene que ver con la pretendida igualdad niveladora de las horas de trabajo y de las comidas para todos, como verborrean los infantiles criticones del socialismo anárquico), esta igualdad de condiciones no puede ser un hecho sino en el comunismo, o sea, en un estado de cosas en que cada uno, dando

a la producción cuanto sus fuerzas permitan, pueda obtener en cambio todo lo que necesite.

Unicamente entonces, cuando, cegado el abismo de un pasado sepultado para siempre, la humanidad verá germinar la floricultura gozosa de la prole fraterna, bañada por el sol de la verdadera libertad, conviviendo en la sociedad igualitaria que nosotros miramos con amor. Aquella prole pensará, maravillándose, en los escepticismos de quienes hoy niegan la nueva fe, y en la inutilidad de los esfuerzos reaccionarios para impedir su fatal advenimiento.

De nosotros, que hicimos cuanto nos permitieron hacer nuestras fuerzas, dirá al menos que no mentimos.

Biblioteca de "Tierra y Libertad"

	Ptas
Vida Anarquista, por A. Lorenzo	1'00
¿Por qué somos anarquistas?, por S. F. Merlino	0'10
La Ley y la Autoridad, por P. Kropotkine	0'10
El Feminismo, por Costa Iscar	0'10
Entre Campesinos, por E. Malatesta	0'10
Almanaque para 1915	0'50
Primero de Mayo, boceto dramático en un acto, con prólogo e himno coral	0'10
Por la Enseñanza, conferencia por H. Noja Ruiz	0'10
El Trabajo Nocturno, por J. Hucha	0'10
La Peste Religiosa, por J. Most	0'10
Arlequín el Salvaje, comedia en tres actos, por Delisle de Lachevetière	0'20
Almanaque para 1916	0'50
En Tiempo de Elecciones, por E. Malatesta	0'10
La Anarquía ante los Tribunales por P. Gori	0'10
Contestación a una creyente, por S. Faure	0'10
Nuestro Programa, por E. Malatesta	0'10
Doce pruebas de la inexistencia de Dios, por Sebastián Faure	0'15
Por la Anarquía, por Ricardo Mella	0'10
¿Dónde está Dios? por M. Rey	0'10
El Cancionero Libertario	0'10
Orientaciones, por José Prat	0'20
La Guerra, por Un Sans-Patrie	0'10
A los Jóvenes, por P. Kropotkine	0'10
El Crimen de Chicago—11 noviembre 1887	0'15
La Epidemia, comedia en un acto, por Mirbeau	0'10
El veneno maldito, por el Dr. F. Elosu	0'15
República y Anarquía, por el Dr. N. Converti	0'10
Táctica Socialista, por R. Mella	0'15
El Arte y la Rebeldía, por F. Pelloutier	0'10
De la Patria, por A. Hamon	0'15
La Anarquía, por Eliseo Reclus	0'15
La Anarquía y la Iglelia, por Eliseo Reclus	0'10

Los trabajos realizados, a pesar de las contrariedades sufridas, dan idea de lo que puede hacer esta Biblioteca, contando con la benevolencia del pueblo anarquista emancipador.